

De la novela “OTUMBA” Capítulo I
Rafael Flores Montenegro (edición 2017)

Detuvo el coche en el carril reservado para ómnibus y taxis de la calle Urubamba. Deseó poderosamente que un conductor se lo recriminara, o que un policía de tráfico viniera a cobrarle la multa. El hecho de disculparse iba a traerle el alivio de un encontronazo con alguien.

Dejó las luces intermitentes puestas, para amagar su provocación a la ciudad indiferente. En la avenida anterior había visto árboles que seстеaban; hubiera querido ver perros durmiendo a sus sombras, burros amarrados, serpientes enroscadas en los troncos. Sólo transeúntes que huían de la canícula, apresurados que desaparecían tragados por los bares o la profundidad de calles recorridas en un golpe de vista.

En cuanto hubo dejado la avenida al torcer la calle Urubamba sintió un vaho en la atmósfera que quizás anunciara la lluvia. Atropellándose densa y obsesivamente, las nubes blanqueaban el cielo. Más tarde, tal vez viniera el espectáculo providencial del chubasco. ¿Por qué sus sentidos no habrían de estar presintiéndolo, como las aves que se inquietan, los perros que lloran y los lagartos que no encuentran la cueva ante un inminente temblor de tierra? Pero su conocimiento sobre la lluvia era secreto y comunicarlo podía estropear más las cosas.

En el bar compraría vino blanco y lo subiría a su casa en el noveno piso, para bebérselo despacio, aprovechando la circunstancia de que no había nadie. Bebería sin concesiones al gusto ni a la cantidad que impusieran otros. El dueño de “Los Barrilitos” lo conocía y no le cobraba las botellas al precio de las mesas del bar, sino a uno ligeramente superior al del supermercado. Aunque no tuviera que comprar vino, igual entraba a comprar tabaco, chicles o cualquier cosa para hablar con alguien. El bar estaba solitario; salvo una mesa donde los

viejos jugaban al dominó. Empezar la conversación con un: “Hay pocos clientes hoy, Don Pedro” podía ser peligrosamente delator. Él también estaba como el bar, vacío, deshabitado y solo. Cuando en la avenida atravesó el puente de La Floresta, había arrimado el coche a la banquina, porque iba despacio y le pareció que los otros coches circulaban a una velocidad intolerable. Ya en el bar, camino del mostrador, sintió dolor en las manos por el esfuerzo que antes hiciera al llevar el volante. Había pensado que si daba un pequeñísimo giro a la derecha, las ruedas treparían por las vallas y fácilmente su coche podría caer al río. Los conductores que alguna vez volcaron allí, en general murieron ahogados. ¿Qué significaba morir? La pregunta, sin ninguna emoción de miedo ni de cuidado, lo asustó. Igual razonó que si giraba el volante hacia la izquierda, engancharía el parachoques o el guardabarros de los otros coches que circulaban a velocidades intolerables.

El tipo del bar le preguntó por Eladio, quien había tomado al fiado una comida el día anterior, y prometido que vendría a comer ese día. Él se ofreció pagarla a lo que Don Pedro contestó:

- No amigo, no me entienda mal. Es para apagar la cocina si sé que Eladio no va a venir.

- No creo que venga. Fue temprano a trabajar a las sierras.

Pagó el vino -dos botellas de blanco semiseco- y se marchó.

El coche estaba en el carril con los intermitentes puestos. Nadie había hecho caso a su infracción, nadie. Arrancó. Se sentía algo mejor, sí, después de la compra. Anduvo a marcha lenta hasta el portal de su edificio. Dejó el coche sin llave y se dirigió al ascensor. La subida al noveno fue excesivamente larga, pero pudo resistirla con los ojos cerrados. Después le temblaron las piernas al caminar por el pasillo; dentro de su

casa tuvo que ayudarse de las paredes para avanzar.

En el salón estaban sobre la mesa la taza del desayuno y un pedazo de pan que dejó por la mañana. Sintió pena por los objetos. Y un estado de súbito enervamiento.

- Control, control..., tranquilidad -musitó.

Las botellas de vino frías, sudaban múltiples gotículas.

Con el dedo índice dibujó sobre el cristal ríos, puentes arqueados, caminos. Cuando ya eran más los trazos que las gotas, los borró con la palma de la mano. El frío del cristal le provocó náuseas, su deseo de vino blanco se había enrarecido. Enseguida, disparado, lo sacudió el estupor de una descarga eléctrica en todo el cuerpo.

Cambió la vista y se quedó un rato mirando al vacío, como dormido con los ojos abiertos.

La frente le sudaba abundantemente. Se la secó con el antebrazo y se miró la ropa con la que iba vestido. Zapatillas de lona: bien. Pantalones negros como era su gusto, pero el calor aumentaba en las piernas. Se fue al balcón a mirar. No había nadie en la calle de abajo. En panorama, la ciudad abría sus brazos verde-oscuros como para manotear el campo. Un millón de personas, dos, cuatro millones de muertos que no se veían por ningún sitio. O, mejor dicho, que allá estarían dentro de sus casas comiendo o sesteando, resguardados del bochorno de las calles.

En caso de que aún le interesaran sus cuadernos de tapas anaranjadas con una carabela en medio... podría ser ésa buena ocasión para anotar algo. Pensó en ello. Eladio los había llevado a las Sierras para leerse los. ¿Los leería? A Eladio le interesaban más la actividad, la aventura, la conversación o las clases de botánica que leer a solas una novela. De todas formas, los cuadernos no estaban en la casa y era mejor así. Hubieran sido una compañía gravosa. En ellos estaban escritas muchas cosas que, al caer en las páginas blancas, tendrían que haberlo dejado más ligero de peso,

de historia. Sin embargo, esas cosas en los cuadernos venían a cobrar cierto poder extraño, reunidas allí como una fuerza ajena, amenazante a veces. Decididamente, sin los cuadernos estaba mejor, aunque más solo. Tal vez si, como él esperó, Roberto Ferreyra hubiera acudido a las citas que, años atrás, acordaron en una celda, las cosas serían diferentes. ¿Qué le habría pasado al amigo, cómplice con quien soñó una sociedad de iniciados en la vida a través de urgentes, descarnadas pruebas?

Salpicada de altos edificios, aparecía tan verde la ciudad que los grandes herbívoros tendrían buen alimento. De cada edificio crecía una trompa, cabezas no demasiado grandes en el cuello largo, moviéndose como se mueven las cosas cuando se las mira al otro lado de una lágrima; pertinaces y orondos andaban los dinosaurios agujereados de ventanas o de ojos.

En el balcón del noveno piso, la barandilla de hierro estaba ardiente. Apretó las manos contra ella aunque doliera; el calor amortiguaba los dolores. Quiso irse planeando como una hermosa ave con el pico de serrucho, a disputarle vida a los altos dinosaurios que tragaban vegetación. Pensar en tales cosas era divertido en medio de la sensación de final, áspera y retumbante de la canícula.

No había gente. Definitivamente, se habrían marchado o muerto. Los pocos que caminaban a la sombra por las aceras eran sonámbulos, sobrevivientes a los que se tragaba un bar o una puerta.

Ante los gritos de una mujer que fue la única testigo, la gente comenzó a arremolinarse; ella había visto la caída del cuerpo cuando desplegaba las cortinas de su ventana. Salió a la calle a vociferar con los brazos alzados.

Los que llegaron después miraban, e instintivamente, volvían las caras sin gritar. Seguro que por no haber visto la caída, como aquella mujer desde su ventana. Llegó la Policía antes que la ambulancia. Montaron un operativo con armas largas. Con violentas órdenes apartaron a los más curiosos. ¿No podía ser

ese cuerpo una importante presa subversiva? Enseguida subieron al noveno piso y revolvieron la casa buscando documentos, propaganda, armas, justificaciones bélicas. Y no permitieron al médico de la ambulancia retirar el cadáver hasta que terminó el allanamiento.

Mientras tanto, la gente arremolinada forcejeó para acercarse, musitó en voz baja insultos a la Policía. Algunos lloraron por el destino del joven bajo un cielo con nubes caprichosas que iban engrosándose ostensiblemente.